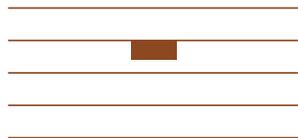


LA MÚSICA CALLADA





Esta exposición comenzó a fraguarse mientras Publio López Mondéjar, el gran especialista de la fotografía en España, preparaba una singular muestra titulada «El rostro de las letras» en 2014, colección de antiguas instantáneas que recorrió numerosas capitales del país y dio como resultado un espléndido catálogo. Tras largas y juiciosas conversaciones, la idea quedó clara: había que rescatar y dar un sentido a las numerosísimas fotografías que habían ido captando durante más de un siglo los rostros y actitudes de músicos, grupos y orquestas españolas. El título, «La música callada», revelaba claramente una realidad —faltaban los sonidos— pero nos permitía descubrir lenguajes corporales y gestuales de extraordinario valor a la par que aportaba datos interesantes para la historia de los instrumentos musicales y sus intérpretes en España. Cuando todo estaba preparado para la magna exposición con más de 300 fotografías reunidas y 50 instrumentos seleccionados, llegó el desastre pandémico...

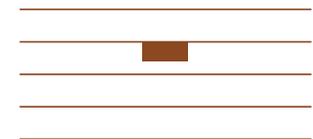
Con esta exposición, dedicada principalmente a temas de Valladolid o relacionados con la provincia, recuperamos la idea, y la esperanza de poder realizar en fechas próximas la magna muestra que quedó paralizada por una catástrofe planetaria.

JOAQUÍN DÍAZ

Desde su origen, la fotografía prestó una atención especial a las manifestaciones de la cultura tradicional, animada por los pioneros, personas atentas e instruidas, herederas del Grand Tour del siglo XVIII, que recorrieron la Europa del sur, en busca de lo romántico, artístico y sentimental de países como Italia y España, «suspendidos aún entre Europa y África, entre la civilización y la barbarie», como nos soñaba Richard Ford en 1845, un año de transición entre el daguerrotipo y el calotipo. En plena moda de lo exótico y lo romántico representado por la Europa del sur, los primeros fotógrafos viajeros no dudaron en cargar con sus pesados equipos para atrapar en sus cámaras los paisajes, el aspecto de sus pueblos y ciudades y la estampa de los tipos populares que tanto fascinaban a los públicos burgueses de la época: los *lazzarone* y *pifferari* italianos, las bailaoras, los toreros, los gitanos que convertían la Alhambra en escenario de sus actuaciones, los músicos ambulantes que recorrían los caminos a pie, a lomos de caballería o en las temblorosas diligencias de la época, que encontraron Gustave Le Gray, Charles Negre, Charles Clifford, los hermanos Bisson, Gustave de Beaucorp, Alphonse de Launay, Charles Soulier, Jean Laurent, R.P. Napper, L. Levy. De ellos hemos heredado algunas de las mejores imágenes de los músicos populares españoles. Con esas obras se abre la exposición.

PUBLIO LÓPEZ MONDÉJAR

Escritor. Académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

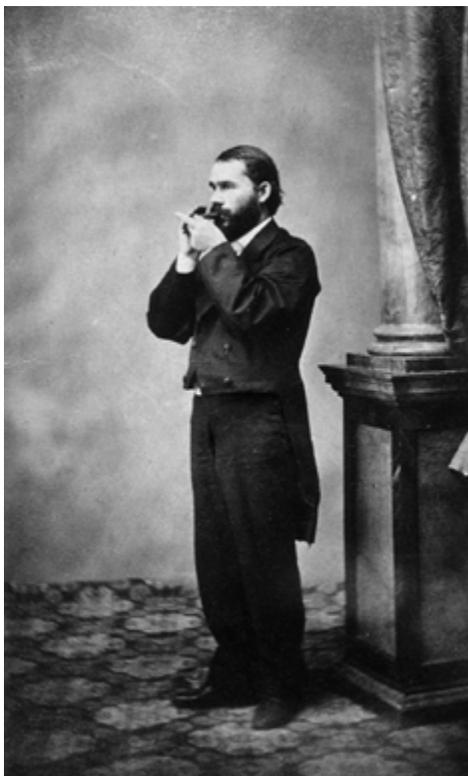




Retrato de Ángel Velasco con su dulzaina.
Colección Familia Velasco Montoya.



Mariano Fernández Santiago, *el Chorrojumo* (chorro de humo, porque era herrero de oficio), tocando la guitarra y acompañado por un grupo de gitanas, es captado por Charles Clifford en 1862 en el Patio de los Leones, que el fotógrafo estaba retratando por encargo de Isabel II. Chorrojumo se dejó pintar y fotografiar innumerables veces por artistas y turistas atraídos por la fama del denominado «Rey de los gitanos». También se le llamó «Señor de los bosques de Granada» y se dice que murió subiendo por el camino de la Alhambra de un infarto fulminante cuando iba a cumplir con su función de atractivo turístico. La fotografía fue donada por el conde de Romanones a la Biblioteca de la Alhambra en 1909 y al observarla, silenciosa y estática, parece sin embargo adivinarse el sonido de las palmas y el rasgueo de la guitarra.



El célebre José Picco, artista sardo que con un silbato de 3 agujeros producía «diapasones de 3 octavas y media, moduladas como el canto de un violín» según los gacetilleros de la época. Picco era ciego de nacimiento y, el silbato, una especie de juguete con el que había practicado desde su infancia. Sus actuaciones en España a comienzos de los años 60 del siglo XIX se contaron por éxitos (en Valladolid estuvo al menos en 5 ocasiones), bien en solitario bien acompañando al guitarrista Tomás Damas o a la pianista Eloisa d'Herbil. En algunas de sus apariciones se hace mención al instrumento que tocaba denominándolo *zfoletto*, diminutivo de *zufolo*, instrumento de caña con algunos agujeros y de origen y uso popular.

La fotografía es de José Martínez Sánchez, uno de los primeros fotógrafos españoles (asociado en una época con Laurent) y pertenece a la colección de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.



Jean Laurent, el fotógrafo francés afincado en España, fue testigo del espectacular desfile costumbrista que alegró las bodas de don Alfonso XII y doña María de las Mercedes de Orleans en enero de 1878. En esta instantánea, numerosos paisanos leoneses rodean a una pareja de maragatos astorganos de los que después haría un precioso grabado el xilógrafo Arturo Carretero para *La Ilustración Española y Americana*. Escritores románticos como Becerro de Bengoa describirán la indumentaria de los arrieros «con sus anchos sombreros, su jubón encarnado con botones afilegranados de oro, su moderno chaquetón que ha sustituido al chaleco-peto de cuero, y sus características bragas de lana o de merino». Las imágenes tomadas por Jean Laurent serían después presentadas por la Sociedad Antropológica Española en la Exposición Universal de París, en mayo de 1878. Colección Garrido Picazo.



Traje del antiguo estudiante español, retratado por Laurent: Rafael Asencio González escribió acerca de la indumentaria tunantesca haciendo hincapié en la influencia que tuvo el viaje a París que organizó un grupo de estudiantes entusiastas de las universidades de Madrid y Valladolid que se solía reunir en un cafetín de moda de la capital de España. Esos estudiantes, entre quienes se encontraban Joaquín de Castañeda e Ildefonso de Zabaleta (vicepresidente y presidente respectivamente del grupo formado al efecto) llevaron a Francia «trajes confeccionados para la “Estudiantina Española” por el sastre del Teatro Real de Madrid, compuestos por jubón y gregüescos de terciopelo negro con botones de acero, y ancho cuello de encajes, medias de seda también negras, zapatos de charol con lazo de igual color y hebilla de acero, guante blanco de cabritilla, gorra de terciopelo con un nudo de cinta amarilla y encarnada en unos pocos, en los más, sombrero apuntado, esto es, el tradicional bicornio (al que los periódicos franceses decían “claque d’arlequin”) adornado con la cuchara de sopista a modo de escarapela».



Luis Pellón y Trucco, retratado después de viajar a París con otros estudiantes españoles. Uno de los momentos más emocionantes de la visita a la capital gala fue el homenaje tributado a Victor Hugo en su casa. En ese mismo viaje, Isabel II —a la sazón en París, en el destierro— les regaló una cucharilla de plata que la familia de Pellón conservó toda la vida. La estancia en París de los estudiantes españoles en 1878 marcó un hito para las tunas y, a partir de ese momento, xilógrafos españoles, franceses e ingleses se encargaron de captar lo más característico de las agrupaciones musicales de estudiantes para ofrecerlo a los lectores de *La Ilustración Española y Americana*, *Le Monde Illustré* y publicaciones similares de Inglaterra, Alemania o Italia. Tras ese viaje inolvidable, Luis siguió la carrera de las armas ingresando en el cuerpo jurídico militar en 1885 y llegando al grado de general. Fundación Joaquín Díaz.



El fotógrafo Sanjuán, en su estudio de la plaza de Fuente Dorada 28, tomó la instantánea de este tuno, de aspecto cansado y apariencia caquética, quien tiene en sus manos una flauta travesera de ébano fabricada por los hermanos Martin en París. Desde 1840, los hermanos Jean Baptiste, Claude y Felix Martin, se dedicaron a la construcción de excelentes instrumentos de música, especialmente flautas y clarinetes, cuya factura fue siempre muy apreciada entre los profesionales. Desde 1890 hasta 1929, la marca fue administrada por el fabricante Thibouville Lamé.



Madre e hijo, ataviados con sus mejores galas, se dejan fotografiar por un minuterero en Medina de Rioseco para que su afición quede perpetuada en una imagen. La placa de cristal revelará su gusto por la música, sus instrumentos favoritos, la precedencia de estos y la época en que ambos se dejan inmortalizar, pues los botines acordonados, las medias, el lazo y los peinados los delatan. Placa de cristal, Fundación Joaquín Díaz.



Jean Marie Hippolyte Aymar de Arlot, mejor conocido por el nombre de conde de Saint Saud fue un montañero (uno de los siete llamados pirineístas que exploraron los Pirineos de Aragón y Cataluña), aquí vestido de labriego aragonés tocando la bandurria. Saint Saud donó muchas de sus fotografías a la Société de Géographie francesa y escribió muchos artículos y libros sobre sus excursiones que, en muchos casos, tuvieron interés científico. La bandurria que lleva el conde, aunque seguramente de *atrezzo*, es de seis cuerdas. La foto será probablemente del año 1883, fecha de uno de sus viajes a la comarca de Sobrarbe. Pertenece a la Colección de la Sociedad Fotográfica de París.



Antonio Pérez Galindo (1839–1895), guitarrista y bailarín en el café de El Burrero, retratado por Rafael Garzón. Sus hijos y nietos (Juan Antonio Pérez, *el niño Pérez*, por ejemplo, que fue su hijo mayor) continuaron y difundieron su escuela. En la foto estereoscópica encargada por la empresa Leon Levy hacia 1890 se le denomina *mandolinista* pero se reconoce ya su popularidad y estilo peculiares que le hicieron acreedor del apodo «Maestro Pérez». Fue durante años director artístico de El Burrero, café que pertenecía a Manuel Ojeda, donde fue descubierto por Silverio Franconetti, cantautor al que acompañó en numerosas ocasiones. Colección Fernández Rivero.



Una joven sentada a la ventana —aunque fuese en el alfeizar— y un mozo con una guitarra en la mano eran dos personajes suficientemente cualificados para que el autor del comentario sobre esta imagen buscara en ella un costumbrismo romántico que también había inspirado sin duda al fotógrafo: *Flirtation in Spain*.



Foto de estudio del granadino Rafael Garzón (1863–1923) a la bailaora gitana «La Encarnación», con guitarra, mantón y un vaso de manzanilla en la mano derecha. También aparece Encarnación en otras dos instantáneas del mismo fotógrafo, una de ellas titulada *Danza de jitanos*. Garzón hizo notables retratos a personajes de la época, como el realizado a José Zorrilla en la Alhambra con motivo de su homenaje (1889) o el obtenido de Alfonso XIII en su primera visita a Granada (1904).



Fotografía de Emilio Beauchy de guitarrista, cuadro flamenco y público en el café cantante El Burrero.

Beauchy (1847-1928), hijo del fotógrafo francés Jules Beauchy, pasó toda su vida en su Sevilla natal y difundió una imagen genuina de los ámbitos que mejor representaban en su época la Andalucía postromántica. Esta imagen, de la colección de Fernández Rivero, es buen ejemplo de ello, y fue tomada hacia 1888.



Esta comparsa vallisoletana se deja inmortalizar en los soportales de la ciudad, enmarcada por dos columnas de granito y mostrando una bandera que ostenta el escudo de Valladolid con corona real abierta y una bordura de gules con los ocho castillos que lo adornaron hasta el año 1939. El más veterano del conjunto está tocando una guitarra de doce cuerdas (seis órdenes dobles), muy frecuente en el siglo XIX, que serviría de acompañamiento a las bandurrias y guitarras de seis cuerdas que tienen los demás músicos. El público, mayoritariamente infantil, duda entre admirar a los integrantes de la rondalla o mirar al fotógrafo. Fundación Joaquín Díaz.



Guitarrista retratada por Jean Laurent. La intérprete, ataviada con traje típico, mantón y peineta, muestra un modelo de guitarra de doce cuerdas al que el uso, el sentido práctico y la búsqueda de la facilidad en la afinación han dejado reducidas a seis.

Imagen conservada en el edificio denominado Corona de Espinas, sede del Instituto del Patrimonio Cultural de España, en la sección de Restauración y Conservación.



Baltasar Cue (1856–1918). El fotógrafo llanisco tomó entre 1891 y 1894 una serie de tipos populares, asentados o viajeros que pasaban por la población asturiana, para crear una galería de personajes que aún hoy interesan por la peculiaridad de los diversos modelos —muchos de ellos músicos— y por la excelente calidad de las placas que se conservan en el Museo del Pueblo de Asturias donadas por Carlos Cue a Manuel Maya, director de *El Oriente de Asturias*. Cue titula esta imagen *Quico con su guitarra* y evidencia en las dos botellas —una vacía y otra a medio vaciar— que música y alcohol se apoyaron siempre mutuamente.



Baltasar Cue Fernández titula esta placa *El gaitero de Lugo-nes y el tamboritero de Tiñana en las fiestas de San Roque*. La fotografía está datada en 1893 y tomada ante un telón de fondo que tal vez habría sido pintado por el mismo Baltasar Cue en su estudio, o por su socio, el pintor Manuel Fernández Escandón Lebraud. Museo del Pueblo de Asturias.



Dos circunstancias hacen especial esta fotografía: la primera, que el joven intérprete está tocando una bandurria de seis cuerdas (habitualmente en la actualidad está encordada con seis órdenes dobles) y la segunda, que el instrumento se apoya sobre un trípode o tripodisón. La bandurria de seis cuerdas, llamada por Baldomero Cateura *mandolina en La* en su método *Escuela de mandolina española*, tuvo un importante impulso gracias a un discípulo de Cateura, el vallisoletano Félix de Santos (músico ciego nacido en Matapozuelos), quien elevó la técnica a los más altos niveles incorporando recursos de otros instrumentos de cuerda que también dominaba, como el violín. El tripodisón fue inventado por Dionisio Aguado para obtener más volumen del instrumento al fijar este en solo dos puntos y no estar apoyado sobre el cuerpo del intérprete. En la época de la fotografía se fabricaron preciosos tripodisones de estilo modernista.



Con este rostro angelicalmente triste y distraído se dejaba fotografiar Isaura Mourille por Manuel Asenjo en 1908, sentada ante un piano Erard antes de un concierto. La joven pianista (tenía entonces 14 años), discípula aventajada de Pilar Fernández de la Mora —música sevillana que había estudiado con Oscar de la Cinna—, comenzó su carrera con muy pocos años y, tras finalizar sus estudios, se dedicó a dar conciertos por toda España con notable éxito. La hemeroteca nacional guarda innumerables reseñas de las celebradas actuaciones (alguna de ellas en Valladolid) que acompañaron su vida profesional, interpretando siempre programas de gran dificultad y exigente virtuosismo. A partir de 1916 se pierde su rastro y solo se sabe de ella que se casó con un militar del Batallón de Chiclana.



Maragatos bailando. José Alonso Martínez a la gaita y tamboril. La fotografía fue tomada en estudio hacia los años 20 del siglo pasado. José Alonso estuvo acompañando mucho tiempo al grupo de danza del Val de San Lorenzo (León). También fue como músico en el viaje que el grupo realizó a Sevilla para participar en el espectáculo «España en Sevilla», donde intervinieron conjuntos e intérpretes de toda España.



Fructuoso Bariego (1876–1959) comenzó a trabajar con el conocido fotógrafo Adolfo Miaja Eguren en el estudio que este había montado en Valladolid; primero en la plazuela de la Libertad número 13 y después en la calle Constitución número 6. Fructuoso se independizó y montó su propio estudio fotográfico en 1927 en la calle de Santiago 29 y 31, bajo el nombre comercial «Rembrandt». La niña que aparece en esta fotografía utiliza el piano como punto de apoyo y deja caer lánguidamente el ramillete en una postura perfectamente afectada. Fundación Joaquín Díaz.



De San Pedro del Atarce, o de Latarce, es esta rondalla que se presenta ante el fotógrafo, tal vez en un corral de la localidad, mostrando un surtido variado de instrumentos como bandurrias, laúdes, guitarras, mandolinas, pícolos, violines, panderetas y triángulos que parecen alegrar momentáneamente el rostro triste del director. Fundación Joaquín Díaz.



Con enorme expectación, chiquillos, mayores, curiosos y desocupados, contemplan a los gigantones del Ayuntamiento mientras bailan al son de la flauta de tres agujeros y el tamboril. En la visita de Alfonso XII a la ciudad, se les dotó de unas indumentarias lujosas y elegantes que duraron muchos años. En 1947 fueron renovados otra vez. El capacho y la cesta de la compra que llevan dos de las circunstanciales espectadoras refleja claramente la hora a la que Luis del Hoyo tomó la foto, y el anuncio de Nesfarina (el alimento infantil fosfatado), la época —la segunda década del siglo XX— en que comenzó a fabricarlo el laboratorio farmacéutico de Armisén en Zaragoza.



Luis Escobar tomó esta abigarrada instantánea. Los danzantes de Pozohondo, Albacete, salen de la iglesia para festejar a San Juan Bautista, patrono de la localidad. Gaitero y tamborilero —Crispulo y Juanillo— encabezarán el baile de ocho danzantes que irá guiando el zángano o zangarrón para evolucionar por las calles del pueblo. Los cohetes que organizarán la traca final esperan detrás del grupo el momento de conmemorar ruidosa y fogosamente la fiesta de la mitad del año, la celebración del solsticio de verano. Colección familiar de Luis Escobar Ureña.



La banda del antiguo asilo de San Bartolomé, en Málaga, convertido por el empeño de su director, el italiano Epifanio Fumagalli, en el Colegio Salesiano de San Bartolomé, se deja retratar por el fotógrafo Manuel Rey –que tenía su estudio en la calle Comedias 14–, presididos por la imagen de Don Bosco. El colegio, que ofrecía talleres de artesanía y daba clases para alfabetizar a los hijos de los obreros del barrio, recibió un impulso definitivo en 1907 al acoger la coronación canónica de la primera imagen de María Auxiliadora en España. Llama la atención el excelente aspecto que muestran los instrumentos de los integrantes de la banda. Fundación Joaquín Díaz.



La familia Marazuela se deja retratar por el fotógrafo Juan Moya en su estudio, situado en la fonda de la Burgalesa, en la plaza mayor de Segovia. Probablemente estaba recibiendo ya Agapito lecciones de solfeo con don Serafín, músico de la banda de la Academia de Artillería; y seguramente se ganaba unas perras tocando en las fondas de la capital para los clientes, acompañado a la bandurria por su padre. La afición a la guitarra de Marazuela—casi tan fuerte como su pasión por la dulzaina y el folklore— le proporcionó innumerables satisfacciones (una de ellas, que llegaron a compararle con Andrés Segovia). Antes de dar conciertos como celebrado guitarrista, y por decisión de su padre, vino a Valladolid, donde recibió clases del famoso músico Ángel Velasco, viviendo primero en la calle Mantería y luego en la plaza Mayor. Colección María Eugenia Santos Tardón.



Benito de Frutos es el autor de esta fotografía titulada *Una churra y un danzarín*. Carlos Porro, que publicó un interesante monográfico dedicado al padre de Frutos escribió: «No se conserva placa de cristal de esta interesantísima fotografía. Afortunadamente dos copias en gran formato (47,5 × 65,5) conservamos del retrato de un danzante cantalejano y posiblemente la que fuera su madre, en lo que pudiera pasar a todas luces por una imagen de estudio en toda regla... no sabemos el año exacto y no parecen modelos en este caso los retratados, pues la pose y el asiento del traje indica que vistieron estas galas en más de una ocasión». Las enormes y trabajadas manos del danzante apenas dejan ver las castañuelas.



En 1916 Modesto Montoto, fotógrafo de Infiesto, captó este momento de la fiesta dedicada a San Antonio de Padua en Cangas de Onís (Asturias). Además de la subasta de los ramos, con las clásicas roscas o panes, que se efectuaba en la ermita o capilla dedicada al santo en un robledal de la parte alta de la población, uno de los atractivos de la celebración era la quema del Xigante, muñeco similar al «Judas» de muchas poblaciones españolas, al que se le colocaban tracas y cohetes que terminaban por calcinarlo, proporcionando a los devotos del santo de junio la sensación de que comenzaban un año nuevo, limpios de faltas y reconciliados con el mundo ya que todo lo malo se había convertido en cenizas girando sobre su propia estructura. La fotografía está en el Museo del Pueblo de Asturias.



La rondalla «Blanco y Negro» fue creada por el músico Mauricio Farto, nacido en Santibáñez de Valcorba de antepasados gallegos. Estudió en el Seminario de Valladolid pero abandonó la carrera eclesiástica por la militar. En 1916 y ya en Galicia, fundó el grupo «Cantigas da Terra», siendo su director hasta 1922. En la fotografía, Mauricio está sentado en primera fila sosteniendo entre sus manos una bandurria.



Don Isidro, el párroco de Casasimarro, es el centro en esta fotografía de la rondalla de la localidad tomada por Manuel Soler y compuesta por cinco guitarras, tres bandurrias, un laúd, dos violines, tres flautas traveseras y un oboe. Don Isidro, más allá de adoptar una postura piadosa ante el fotógrafo, parece rezar para que el conjunto suene bien, aunque en un pueblo con tanta tradición guitarrera, es más que probable que todo fuese acordado. Y para acordarlo, el director (Eusebio, el sacristán) usaba una batuta corta, no fuese a pasarle lo que cuenta la historia que sucedió a Jean-Baptiste Lulli, el inventor del bastón-batuta, que se lo clavó en un pie y murió de gangrena. Llama la atención la peculiar guitarra que sostiene el músico de la segunda fila a la izquierda, fabricada por Blas Carrillo, que heredó su hijo Vicente Carrillo López. La fotografía pertenece a la colección de Avelino Navarro.



José Ortiz de Echagüe (1886–1980) fue uno de los grandes fotógrafos españoles que aplicó técnicas pictóricas a sus obras. No solo retocó sus placas con toda minuciosidad sino que eligió a sus modelos con clara intención estética. Lino fue uno de ellos, y lo mismo le vestía de autoridad que le sentaba en un poyo a tocar la flauta. Lo que le importaba al artista era que la fotografía tuviese valor icónico y que los rostros dijese algo al espectador o al lector que buscaba en sus libros lo esencial de un país. Con esa «afectada naturalidad», Ortiz de Echagüe creó un mundo de imágenes sugerentes y distintas.



El fotógrafo Cacho, de la larga y distinguida familia de retratistas vallisoletanos, fue el autor de esta instantánea en la que unos aficionados se preparan para llevar a cabo una corrida acuática. La idea no era nueva —ya en tiempos de Felipe II se celebró una en el Pisuerga, y en el siglo XIX se intentó repetir con funestos resultados para personas y animales—, pero aun así la diversión estaba asegurada y la música también, a cargo de un acordeonista de ocasión. Fundación Joaquín Díaz.



Martín Santos Yubero obtuvo esta patética imagen y la tituló *Músicos en las calles de Madrid*, hacia 1934. El fotógrafo obtuvo dos instantáneas de esta familia (los padres y tres hijos) estando en la primera, el padre —que parece ciego y tiene un bastón en el suelo— con las manos en el teclado del armonio; mientras que en la segunda, la que se ofrece, es la niña mediana la que se ha sentado ante el instrumento (colocado sobre unos rodamientos que facilitarán su transporte) para atraer la atención de los viandantes. En esta ocasión el armonio parece que está más estropeado y la pobreza y postración de la familia se muestra en toda su crudeza. Fondo Santos Yubero, del Archivo Regional de la Comunidad de Madrid.



Perfecto Feijóo posando para Adolf Mas con una zanfona y una capa de ciego. Feijóo fue un farmacéutico pontevedrés que compaginó su oficio —ejercido desde las 7 de la mañana a las 10 de la noche, según rezaba un cartel al lado de la ventana donde despachaba sus fórmulas magistrales— con su amor por todo lo campestre y por la tradición. Fue el gran impulsor del coro Aires d'a terra, mítico grupo que supo captar y transmitir por todo el mundo el alma gallega y su fino encanto. Se retrató con distintos instrumentos y en innumerables ocasiones, pero esta fotografía sosteniendo la zanfona es un anticipo de las altas cotas que alcanzaría la resurrección del instrumento en los años siguientes hasta alcanzar el increíble nivel actual con virtuosos extraordinarios. Instituto Amatller de Arte Hispánico.



Del archivo de Teófilo Ceballos es este paseo en barca de unos quintos festivos de Tudela de Duero. Nada indica si van Duero arriba o vienen, o simplemente se pasean circunspectos por ese otro río de la vida en el que han entrado gracias a un rito; tampoco importa su origen ni su destino. Si acaso, podría deducirse de la instantánea paralizada una aceptación velada de su situación personal: no han comprendido exactamente su papel, ni su capitulación en el conflicto de intereses entre el Estado y ellos, pero evidentemente lo aceptan todo y se mecen en la nostalgia: tal vez añorando ya el entorno que van a dejar en breve, su pueblo, su novia, su tierra... El servicio militar fue, durante mucho tiempo, una norma, un rito, una obligación y un manantial de sentimientos encontrados. El músico del laúd intuye que ese no es lugar para melodías pero el del saxofón ha conseguido evadirse soplando en la boquilla para henchir velas que le transporten lejos.



Del archivo Ceballos. Músicos de diferentes edades componen esta banda, seguramente fluctuante entre los clásicos pasodobles bailables y el jazz. Muchos grupos surgieron en la Ribera del Duero en los años 20 del siglo pasado al abrigo de las melodías foráneas que transmitía el gramófono con exótica seducción. No sabemos si quien está a los pies de los artistas es un amigo que se ha tumbado a la sombra o el ideal de vocalista, pero quienes forman el grupo están con sus armas en la mano—saxofones, trompeta, baquetas de batería, trombón de varas o sacabuche— y esperan pacientemente la hora del baile que se prolongará mientras queden parejas vivas.



Jesús Tirado Puente (1899–1987), guitarrero del grupo de Miguel Esteban (Toledo), posa con aire serio y algo solemne en medio del monte de El Pardo donde Joaquín del Palacio, *Kindel*, solía llevar a los grupos de toda España que la Sección Femenina convocaba en diferentes ocasiones y para distintos eventos. Maruja San Pelayo advertía al fotógrafo de la llegada a Madrid de los integrantes del grupo y estos, disciplinadamente, bailaban sobre la redondez de un depósito de agua de hormigón que estaba en medio del encinar. Llama la atención la enorme cachimba que fuma el músico, estupendo instrumentista al decir de quienes le escucharon tocar y acompañar, aunque fuese «de oído». Fundación Joaquín Díaz.



La citarina o guitarra-cítara fue un instrumento muy sencillo que a fines del siglo XIX se hizo verdaderamente popular por sus características. Gracias a unas partituras que se colocaban entre las cuerdas y la caja del instrumento trapezoidal se podía seguir una canción tocando los puntos que se indicaban en ese papel sin saber música. La marca Royal fabricó en toda Europa este tipo de instrumentos, incluso en España (donde se encargó de su fabricación y venta Francisco Javier Sanchís Caballer). En EE.UU. lo patentó un avispa emigrante alemán con las siguientes palabras: «Que se sepa que yo, Fred Menzenhauer, residente en Jersey City, en el condado de Hudson y el estado de Nueva Jersey, he inventado ciertas mejoras en las Guitarras Cítaras. Esta invención hace referencia a un instrumento musical mejorado, que combina en cierta medida las ventajas de una guitarra y una cítara, y que se puede tocar con gran facilidad sin un conocimiento especial de la notación ordinaria de la música». El instrumento tenía entre 15 y 28 cuerdas según los modelos.



Los dos clarineros y el timbalero del Ayuntamiento de Valladolid hacen un descanso en la calle de San Lorenzo antes de que saliese de su templo la Virgen patrona de la ciudad. En el siglo XIX cumplían su oficio a caballo, generalmente precediendo al carruaje en que iba la corporación municipal. En los años 30 del siglo XX esos músicos cobraban al año algo más de 500 pesetas por atender a sus funciones. En 1936 solo se pagó a un clarinero (545 pts.) y al timbalero (250 pts.). La diferencia estribaba en la mayor preparación que requería tocar el instrumento de viento: de hecho, el Ayuntamiento de Palencia, a mediados del siglo XVIII rechazó a un negro que se presentaba a ese puesto, no por motivos raciales sino «por estar poco instruido». En la fotografía, el clarinero principal es Mariano Vega.



Nicolas Muller, el gran fotógrafo húngaro que recorrió medio mundo hasta encontrar su paraíso en Llanes, capta el momento en que Florentino Martín (dulzaina) y Félix Vicente (caja), músicos de Noviales, se disponen a iniciar el baile popular que sigue a la Caballada, en la ermita de Nuestra Señora de la Estrella (Atienza, Guadalajara). La espectacular costumbre se celebra en honor de los 20 arrieros que se encargaron de trasladar al pequeño infante Alfonso (que después sería Alfonso VIII) desde el castillo de Atienza a Segovia, y que recibieron —al alcanzar la mayoría de edad el nuevo rey— el título de caballeros, permitiéndoseles usar bandera y constituirse como Hermandad. Los recueros y mercaderes de la cofradía conmemoran desde hace siglos la hazaña que tuvo lugar en 1162. Fondo Muller del Archivo de la Comunidad de Madrid.



Isidro Laporta Roig, de familia de fotógrafos alcoyanos establecida en Gandía, tomó esta tierna instantánea de estudio en la que una niña trata de seguir las indicaciones de su profesor para interpretar una partitura de bandurria. Aunque diferentes tratadistas, como Sotos o Minguet, adelantan ya en el siglo XVIII lo que será este instrumento en los siglos siguientes, quien verdaderamente escribe un método práctico con indicaciones precisas y preciosas es el vallisoletano Félix de Santos Sebastián, nacido en Matapozuelos en 1874 y fallecido en Barcelona en 1939. Santos trazó en su *Escuela moderna de la mandolina española o bandurria*, los rasgos fundamentales del aprendizaje del instrumento a través de un «Método elemental», de una «Escuela del trémolo», de una «Escuela del mecanismo», una «Escuela de alzapúa», unos «Estudios artísticos» y unos «Estudios brillantes». Archivo Monasor.



En los años 40 del siglo XX algunos excelentes músicos con base académica se juntaron frecuentemente para formar pequeños conjuntos que les permitiesen cultivar su afición y contribuir a difundirla en salones creados al efecto, como el de los cafés Royalty o el del Norte en la ciudad de Valladolid. En la foto, de izquierda a derecha, Mariano de las Heras (músico, crítico musical, director de orquesta y académico), Mariano Regidor, Enrique Álvarez (pianista y profesor del Conservatorio), Paquita Gallizo (quien más tarde marcharía como vocalista a Burgos y posteriormente actuaría en la sala Irañeta de Pamplona), Enrique del Pino, José Cánepa y Jesús Muro Villa (saxofonista). Un cartel de la empresa prohíbe expresamente al público tomarse libertades como la de cantar o corear a los artistas. Colección Jesús Muro.



Los pueblos que precedieron a la España vaciada de nuestros días pudieron presumir de cultura musical a través de las bandas y rondallas que se formaban con integrantes de diferentes edades y condiciones. Dirigidas siempre por un maestro, sacristán o incondicional aficionado, los conjuntos buscaban el entretenimiento en unas épocas en que ni la radio ni la televisión hacían la competencia a los ciegos copleros. Los instrumentos —4 bandurrias, un laúd, 7 guitarras, dos flautas traveseras, una pandereta y unos yerillos— muestran un tipo de formación muy común en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. En este caso, 17 peñaflorinos —incluyendo niños que apenas saben andar— representan a la rondalla de Peñaflor de Hornija. Fundación Joaquín Díaz.



Luis Ibáñez, fotógrafo perteneciente a una familia de artistas (de hecho él mismo se anunciaba como fotógrafo y pintor), que desarrolló su actividad entre Jumilla, Hellín y Yecla. El primer fotógrafo de la familia, Juan Antonio, recibió clases sobre el nuevo arte del mismísimo conde de Lipa, el noble polaco Ludwik Tarszenski, quien tras alistarse en el ejército de su país llegó a España, montando estudio en Sevilla y Málaga donde daba clases y vendía daguerrotipos. Los hijos y nietos de Juan Antonio, entre ellos Luis, continuaron dedicándose al arte de la fotografía y realizando instantáneas relacionadas con la vida local de Yecla, como la de esta rondalla de jóvenes, ataviados todos con el clásico chaleco, calzón de la huerta y esparteñas. Fundación Joaquín Díaz.



Una orquesta de jóvenes seminaristas franciscanos del seminario de Belmonte (Cuenca) rodea a los dos profesores, con cogulla y cordón, que miran atentamente al fotógrafo Soler. Los instrumentos no son los habituales de una banda: el armonio, el contrabajo y las ocarinas dan un toque exótico al conjunto conventual. La palabra *ostuta* escrita a lápiz en un costado de la fotografía añade cierto misterio a la instantánea. Ostuta es el nombre de un río de Chiapas, en Méjico, donde los franciscanos tuvieron una misión (abandonada en el siglo XVI por los mosquitos y la humedad) y parece extraño que esté escrita en el margen salvo porque alguno de los aspirantes a fray —léase el joven de la izquierda en la fila superior— fuese a enviar a su familia un retrato de sus progresos musicales. La instantánea procede del archivo personal de Juan José Olmedilla que es el niño con violonchelo de la derecha y fue tomada hacia 1915.



Un violinista ciego, secundado por un perro lazarillo atento a las limosnas, desgrana unas melodías en una calle de Madrid. Probablemente no es casual que el músico se haya colocado al pie del cartel que anuncia el estreno inminente de la ópera *La Favorita* en el Real y seguramente tampoco lo es que la dama de la izquierda, a quien acompaña su marido, sienta conmiseración por el protagonista de la escena pues acaba de oír misa o va a ella provista de un elegante devocionario con cubiertas de piel. La fotografía fue tomada por Alfonso y pertenece al fondo de José Mario Armero.



Joaquín del Palacio, *Kindel*, (1905–1989) fue un artista a quien la Dirección Nacional de Turismo y la Regidora Nacional de Cultura, Maruja Sampelayo, encargaron reportajes fotográficos varios cuya producción alcanzó una extraordinaria calidad. Durante los años 50, y cada vez que un grupo de coros y danzas visitaba Madrid, Kindel los llevaba al monte del Pardo, donde preparaba una sesión fotográfica en la que buscaba lo más destacable del conjunto aunque siempre preocupado por la luz y las sombras. En este caso el fotógrafo ha captado a un grupo de mozas vallisoletanas que simulan una procesión transportando en andas a Santo Toribio, segundo patrono de Palencia, y acompañadas por dulzaina (Rodolfo Castilla) y caja (Basilio Castilla). Fundación Joaquín Díaz.



La fiesta de los pecados y danzantes del pueblo de Camuñas, en Toledo, representa una tradición secular que aún hoy tiene una fuerza visual y sonora sorprendente. El bien y el mal intervienen en la danza, que tiene lugar el día del Corpus Christi, contraponiendo la música y el ritmo de los bailarines, que representan a la virtud, con los defectos encarnados en los demonios que con ruidos, golpes y pólvora intentan apoderarse de la voluntad de los hombres. El auto sacramental sin palabras se representa desde el siglo XVI e incluye a muchos personajes cuya función y significado se interpreta de muy diversas maneras. Kindel fue el autor de esta instantánea en la que dos de los danzantes están tocando las sonajas de doble hileras, características de la celebración.



Grupo de Piedralaves acompañando a los coros y danzas de Ávila. Probablemente estarían bailando el Maquilandrón, especie de representación del episodio bíblico de David y Goliat en la que, quien encarna al gigante filisteo de seis codos y un palmo va matando a todos los hebreos hasta que David le ataca por tres veces y a la tercera lo derriba. Luego el pequeño héroe va resucitando a todos los caídos y la representación termina con una danza de palos llamada el *paligoteo*. Fundación Joaquín Díaz.



El grupo de coros y danzas de la Sección Femenina de Burgos está aquí acompañado por su asesor, Justo del Río, gran animador y especialista en temas relacionados con el mundo de la indumentaria y el baile populares. Justo perteneció al Orfeón Burgalés y acompañó a Antonio José en sus viajes por la provincia mientras el malogrado músico fue su director, para recopilar temas populares que después arreglaría para varias voces. A la dulzaina está Eufronio Ovejero, *el Calines*, que tocaba con Luis Sáez, *Farragús*, o *Farraús* a la caja.



La tradición es una fuente inagotable de recursos. El sistema de transmisión de conocimientos casi exige que varias generaciones se impliquen en la entrega. Las generaciones más antiguas van desgranando su personalidad sobre las nuevas y estas tendrán que seleccionar según sus gustos y su mentalidad para que sus descendientes reciban el patrimonio pensado y concebido a través de diferentes épocas y circunstancias. La Sección Femenina recibió y adaptó ciertas pautas de las Misiones Pedagógicas y una de ellas fue la de saber aprovechar toda la sabiduría de los músicos más mayores para que el río de la tradición no se detuviera. Fundación Joaquín Díaz.

LA MÚSICA CALLADA

Exposición realizada por la Fundación Joaquín Díaz. Comisariado y textos a cargo de Publio López Mondéjar y Joaquín Díaz.

Con la colaboración de:

Colección Garrido Picazo, Sociedad Fotográfica de París, Colección Fernández Rivero, Instituto del Patrimonio Cultural de España, Museo del Pueblo de Asturias, familia de Luis Escobar Ureña, María Eugenia Santos Tardón, Carlos Porro, Avelino Navarro, Archivo de la Comunidad de Madrid, Instituto Amatller, Fondo Muller, Archivo Pablo Monasor, Jesús Muro, Juan José Olmedilla, fondo José Mario Armero y Fundación Joaquín Díaz.

Diseño expositivo: Ana Moyano y Víctor Hugo Martín Caballero.

Con el patrocinio de la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Valladolid.

